

res, que absorbe al individuo en beneficio de la sociedad, ha dejado también de ser un ideal, porque mataría al individuo, en cuyo obsequio exclusivo se ha establecido la sociedad. En el orden moral y religioso la unidad ha conservado más partidarios; siendo la verdad una, dicen, ¿por qué no ha de haber una sola ley religiosa para todo el género humano? La respuesta es muy sencilla. Indudablemente la verdad es una, pero esto no ha impedido que las naciones cambien de religion desde que el mundo existe. ¿Por qué estas revoluciones incesantes? Porque la verdad debe ser adecuada á las necesidades de los pueblos, á su grado de cultura intelectual y moral. Las necesidades varían, la civilización varía; por consiguiente, la verdad debe variar, al menos de forma y de extensión. Ahora bien, esta variedad de necesidades y de cultura que existe en la vida de cada pueblo, existe también en una misma época, en la vida de los diversos pueblos; por consiguiente, la unidad absoluta de creencias es una quimera. Para que la religion fuese una, sería necesario que todas las naciones hubiesen alcanzado un grado idéntico de cultura intelectual y moral; esto es imposible, ó al menos está todavía en estado de utopía. Todo lo que se puede prever es que las diversas religiones tienden hacia la unidad, al mismo tiempo que la civilización. Sin embargo, la civilización no llegará nunca á una unidad absoluta, en razón á la diversidad de las razas y de los pueblos. Lo mismo sucede con la religion; la humanidad podrá llegar á tener las mismas creencias fundamentales, pero habrá una diversidad inevitable en la concepción de sus dogmas, y una diversidad mayor aún en los detalles del culto.

Bajo este punto de vista nada más legítimo que la Reforma; es la manifestación de la necesidad de individualidad que Dios mismo ha puesto en la naturaleza del hombre. Si los protestantes han roto la unidad católica, ha sido para preparar una unidad superior. Roma desconocía el principio de la individualidad, lo mismo en las naciones que en los individuos; nada lo prueba mejor que el cisma griego y la cristiandad de Oriente. La Iglesia ortodoxa se ha negado siempre á recibir en su seno á los Griegos y á los Orientales; no ha querido nunca reconocer lo que hay de legítimo en sus creencias particulares; sin embargo, hay conformidad en

#### CAPÍTULO IV.

#### LA REFORMA Y LA UNIDAD CRISTIANA.

La Reforma ha roto la unidad católica, como los Bárbaros rompieron la unidad romana; en ambas revoluciones la raza germánica ha sido el instrumento de los designios de Dios. Los que ven el ideal de la sociedad en la unidad, deploran la ruina de Roma católica de la misma manera que maldicen la destrucción de Roma pagana. Nosotros creemos que no puede ser la unidad absoluta el fin de la humanidad, porque es imposible. Hay ciertamente un movimiento hacia la unidad desde la cuna del género humano hasta nuestros días, y este movimiento continúa todavía. Pero la tendencia hacia la unidad no implica la absorción de lo que hay de individual en la Creación. La individualidad tiene su razón de ser lo mismo que la unidad; por mejor decir, la individualidad es el fin, porque la misión suprema del hombre es desarrollar sus facultades intelectuales y morales. La unidad no debe ser más que un medio; la asociación llamada Estado es un medio necesario á los individuos para su perfeccionamiento; igualmente la sociedad general de los pueblos no es más que un instrumento de educación para la humanidad. Convertir el medio en fin es sacrificar el individuo al Estado, y los pueblos al género humano: es en definitiva violar los designios del Creador.

En el orden político esta verdad ha llegado casi á ser un axioma; la monarquía universal ha dejado de ser un ideal; se la considera más bien, si pudiera realizarse, como la tumba del género humano. La República de Platon y de los utopistas sus imitado-

tre la Iglesia romana y las Iglesias separadas respecto de los dogmas fundamentales; y el desacuerdo no versa más que sobre puntos de importancia secundaria. Y es que Roma no quiere la vida individual; de aquí la necesidad del cisma y la ineficacia de los esfuerzos intentados durante siglos para ponerle término. Pero también en las naciones europeas hay diferencias de genio; unas se inclinan más hácia la unidad, otras hácia una existencia individual, según que predomina en ellas el elemento latino ó el germánico. La Reforma es una reacción del genio germánico, del genio de la diversidad y de la individualidad contra el genio absorbente de la unidad romana; hé aquí por qué domina en las naciones de origen germánico, al paso que ha tenido siempre una existencia precaria y débil en los pueblos de raza latina. Verdad es que la Reforma fué ahogada por medio de la fuerza en el Mediodía de Europa; pero si las armas consiguieron volver los pueblos al seno de la Iglesia, es porque el protestantismo no tenía sólido arraigo en los ánimos.

Las dos confesiones que dividen á la cristiandad, son la expresión de dos necesidades igualmente legítimas, la unidad y la individualidad. Cada cual tiene algo de exclusivo; si se puede criticar al catolicismo porque destruye lo que hay de individual en la religion, también se puede echar en cara al protestantismo que destruye otra cosa igualmente esencial, el vínculo de las almas. Nuestro ideal está sobre ambas confesiones; debe satisfacer la necesidad de unidad y la necesidad de libertad individual. El protestantismo ha preparado este porvenir religioso rompiendo la unidad católica, de la misma manera que los Bárbaros han preparado la asociación de las naciones europeas, rompiendo la unidad del Imperio romano. Después de la invasión de los Bárbaros hubo una época de disolución y de anarquía, en la cual nadie ve ya un ideal para la humanidad; de la misma manera no podemos ver el ideal religioso del porvenir en la desmembración infinita de la Reforma: el protestantismo, lo mismo que el feudalismo, es un paso, una transición de la falsa unidad á la unidad verdadera. Los reformadores han prestado un servicio á la humanidad poniendo fin á una unidad falaz, á una unidad que mata la vida en lugar de favorecer su desarrollo. Después que el catolicismo ha

fracasado en una obra imposible, no volverá á intentarse la unidad absoluta de las creencias. El ideal es la variedad en la unidad, lo mismo para la religion que para todas las manifestaciones del espíritu humano: Dios mismo lo ha querido así, porque la variedad en la unidad es una ley de la creación.

¿Cómo se realizará este ideal? Cuestión inmensa, cuya solución es el secreto de Dios. Puede decirse con Lutero, que la unidad no es necesariamente exterior; hay una unidad superior á la de Roma, la unidad de las almas. En las épocas de barbarie ha sido necesaria una Iglesia que tuviera todo el aspecto de un poder de este mundo; era para la religion una cuestión de existencia, una condición sin la cual no hubiera podido realizar su misión.

Pero á medida que se difunde la civilización, la unidad exterior va siendo ménos necesaria y acabará por ser inútil. Por consiguiente, la unidad del porvenir consistirá en la unidad de los espíritus. Todo tiende á ello: las comunicaciones maravillosas que las invenciones de la ciencia establecen entre los pueblos y aún entre los continentes; las relaciones intelectuales, comerciales é industriales que unen á todas las naciones civilizadas y hacen de todas ellas como una sola nación. Pero la unidad, aunque borre las divisiones y los odios nacionales, aunque haga desaparecer hasta un cierto punto la originalidad de las naciones, no absorbe nunca lo que hay de íntimo en la profundidad de los genios nacionales, porque esta individualidad procede de Dios. De la misma manera, la unidad religiosa, por lo mismo que será la comunión libre de los espíritus, dejará á los individuos la independencia y la libertad, sin las cuales no hay vida.